

EL PROCESO HISTÓRICO Y EL CONFLICTO SOCIAL

Carlos JOHNSON

SUMARIO: I. *Introducción*. II. *Las ciencias sociales y el conflicto social*. III. *Las relaciones de clase y el conflicto social*. IV. *Bibliografía selecta*.

Toda vida social es esencialmente práctica. Todos los misterios que inducen a la teoría al misticismo encuentran su solución racional en la práctica humana y en la comprensión de esta práctica.

Karl MARX
(*Tesis sobre Feuerbach*)

I. INTRODUCCIÓN

Por lo general se espera eliminar el conflicto social, más no las relaciones sociales que producen el conflicto. Sucede así con los apologistas de las relaciones capitalistas de producción social y la apropiación privada. Desean mantener éstas, mas eliminar sus consecuencias negativas: el conflicto social. Ignoran la concatenación entre las relaciones sociales de producción y las privadas de la apropiación. Ignoran que las relaciones privadas son, a su vez, sociales, ya que la apropiación privada significa la *expropiación social*.

Los apologistas del capitalismo creen que es posible mantener relaciones de apropiación privada, de expropiación social, donde un individuo o individuos expropiaran a los demás en la sociedad, *sin* producir el conflicto. No comprenden que las relaciones de apropiación/expropiación aislan unos de los otros; son relaciones que separan, excluyen, acaparan, compiten entre sí. Con ellas se elimina el concepto de unidad en la sociedad, logrando la integración solamente cuando el fin lo constituye la expropiación de los demás.

Para abordar el tema del *conflicto social*, y sus momentos particulares de paz y guerra, se deben examinar: a) el *estudio* del conflicto y violencia sociales; b) las necesidades del conflicto generadas por las relaciones sociales, y c) el proceso histórico en términos de conflicto social.

II. LAS CIENCIAS SOCIALES Y EL CONFLICTO SOCIAL

El estudio del conflicto social, como disciplina académica, tiene sus comienzos más relevantes cuando se inician los movimientos sociales provocados a raíz de la industrialización capitalista en Inglaterra, al haber amontonado a los obreros en los centros urbanos nacientes. El estudiar aquellos movimientos laborales respondía a las *necesidades* de los capitalistas. La primera de ellas era cómo controlar a los obreros industriales. Los trabajadores luchaban contra los espacios restringidos en que vivían, la inadecuada vivienda, las largas jornadas de trabajo, el trabajo de intensiva explotación en las fábricas, además de la restricción económica de sus salarios que les negaba la satisfacción de las necesidades básicas de subsistencia.

A raíz de los estudios empíricos surgió la *sociología*. Ésta, en términos etimológicos, significa el estudio de la sociedad, el estudio de las *relaciones* sociales.

La terminología sociológica empleada en el estudio de las relaciones sociolaborales refleja una clasificación de éstas en “productivas” o “improductivas” para la sociedad. Esta racionalización dio lugar al binomio que califica a los actos sociales como “funcionales” o “disfuncionales” para la sociedad. Se evalúa la función que cumple cada evento social en relación con la reproducción (o destrucción) del sistema social, si es que es benéfico o nocivo para la sociedad.

Este tipo de enfoque no considera el carácter de las relaciones sociales; sólo contempla sus manifestaciones más superficiales. Las examina con el propósito de reproducir lo que existe, el *statu quo* de las existentes *relaciones* de producción, apropiación, circulación, acumulación, distribución y consumo. Significa reproducir el esquema jerarquizado producido por estas relaciones, que son las formas de *dominación* clasista-capitalistas.

El citado juego ideológico de los llamados sociólogos, de percibir todo a través de su llamada funcionalidad, ha sido heredado hasta nuestros días. En la actualidad se repiten las mismas clasificaciones de conceptos, se ahonda en su invención y aplicación. Con ello se cree haber hecho un *análisis* de la sociedad, de haber estudiado y explicado el funcionamiento de las relaciones sociales, cuando en realidad éstas ni se examinan. Se examinan más bien los “conceptos” producidos por las relaciones, como lo es el de conflicto social.

El propósito de los apologistas del capitalismo es fomentar las relaciones consideradas “funcionales” y desalentar las “disfuncionales”. Las consecuencias y manifestaciones de conflicto social, dicen, deben eli-

minarse. Se considera que es la tarea de los sociólogos —los estudiantes de la sociedad— encontrar respuestas a cómo eliminar a las relaciones clasificadas como “disfuncionales”. Para ello, sin embargo, los sociólogos se limitan a la *etiología* del conflicto, como si esto fuese suficiente para proporcionarles la manera de lograr su eliminación (*cf.*, Gurr, 1970).

Lo utópico de este tradicional planteamiento en el estudio de las relaciones sociales, se percibió durante los años sesenta. Hasta hubo sociólogos que pensaron que la lucha entre las clases iba a desaparecer con el advenimiento del progreso económico en los países desarrollados e industrializados de la posguerra. El surgimiento de las clases o los sectores medios parecía negar la dicotomía tan molesta entre capitalistas y trabajadores empleada por los críticos del sistema. Los sociólogos, a instancias de sus patrocinadores capitalistas, querían hacer desaparecer a la lucha de clases con un acto de magia. Claro está, ni desapareció la lucha de clases (de la cual forman parte los académicos sociólogos, querámoslo o no), ni desapareció el conflicto social producido por las mismas relaciones de clase.

Hubo sociólogos, en aquella época, que pensaban inclusive que era una simple cuestión de repartir racionalmente los recursos de la sociedad, con base en una discusión académica entre los distintos estudiosos de las variadas disciplinas, para poder suplir la necesidad de los políticos. Se pensaba así que la lucha política iba a desaparecer. Los estadios idílicos de los académicos han destacado por su ingenuidad en enfrentar a su objeto de estudio: el ser humano en relación consigo mismo. Éste siempre sorprende al académico por no comportarse como la teoría supone que debería hacerlo.

Las limitaciones de los juegos ideológicos y la manipulación voluntarista de binomios, de nada servían a las clases capitalistas dominantes. Éstas requieren de *conocimiento*, más que de “ideología sociológica”, para poder sostener su dominio sobre el proceso de producción social y apropiación privada. Las sociedades de clase, específicamente las capitalistas, se construyen sobre las relaciones; no con base en ideas inventadas por los intelectuales (éstos no guardan relación alguna con la sociedad, más que formar parte de ella).

Esto se había confirmado ya desde antes, específicamente en los Estados Unidos, inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, cuando el gobierno estadounidense surgió como el país capitalista más fuerte ante las demás naciones capitalista-imperialistas. Después de la guerra, éstas quedaron simplemente como países colonialistas e imperialistas derrotados o debilitados. Durante aquella época se con-

firmó la presencia de una *conciencia de clase* explícita entre los nuevos ideólogos imperialistas norteamericanos. Hubo quienes intuían cuáles iban a ser las *nuevas* necesidades del imperialismo estadounidense. A pesar de estos casos aislados entre los académicos que mostraron un claro reconocimiento del imperialismo estadounidense, la mayoría de los analistas sociales ignoraban las consecuencias que surgían de la posguerra y que el gobierno de los Estados Unidos tendría que sortear.

No fue hasta mediados de los años sesenta que varios analistas propusieron *educar* a los educadores respecto a los intereses monopolistas norteamericanos, el imperialismo, pues. En respuesta a éstas, era necesario instruir a los académicos respecto a los obligados cambios que el gobierno de los Estados Unidos habría de cumplir en su papel adquirido de dirigente mundial de la economía internacional capitalista.

Frente a este recién nacido reconocimiento de las necesidades imperialistas del gobierno estadounidense, la gran mayoría de los sociólogos norteamericanos seguía considerando a su disciplina desde la perspectiva de los conceptos de la "armonía" y "paz" sociales. Continuaban con la idea en mente de eliminar el conflicto "disfuncional" (cfr. Beals, 1967; Shils, 1970). El mundo académico preconizaba en las aulas de las universidades dicha perspectiva que se formalizó en un campo de estudio denominado la *resolución de conflicto* (cfr. *The Journal of Conflict Resolution*). Los sociólogos insistían en su intención de *resolver* el conflicto social, de eliminarlo.

A primera vista, esto es lo que la resolución de conflicto comunica como el propósito a seguir. De hecho, esta concepción involucra también su opuesto: no eliminar el conflicto, no resolverlo, sino explorar cómo *emplearlo* para reproducir el sistema social. Algunos de los analistas sociales más ligados al capitalismo imperialista, comprendieron que un esquema interpretativo, basado en conceptos de "funcional", "disfuncional" y de "resolución de conflicto", contribuiría poco o nada a cumplir las necesidades de la dominación imperialista. Para poder cumplir éstas se reconocía que habría que *emplear* la violencia y el conflicto a su favor (Condit, 1968). La violencia y el conflicto requerirían reproducirse para mantener las relaciones de producción y apropiación de capital —como en cualquier sistema capitalista de clases—. Qué mejor prueba de esta tesis acerca de la utilidad del conflicto, de su funcionalidad, que la misma Segunda Guerra Mundial, la cual llevó a los Estados Unidos a la cima de la dominación capitalista en el mundo.

Este reconocimiento en los años sesenta, tuvo su trasfondo. Después de la guerra, lo primero que hizo el gobierno de los Estados Uni-

dos fue declarar a la Unión Soviética como su enemigo número uno, por representar el baluarte de las fuerzas de trabajo en el mundo —la contraposición innata a los sistemas capitalistas-imperialistas—. Antes de poder cumplir las necesidades concretas del sistema imperialista, el gobierno norteamericano intuía que se requeriría de mano de obra intelectual que pudiese idear formas de resolver las tareas imperialistas. Pero existía una barrera ideológica entre los académicos para que esto pudiese ocurrir. Los sociólogos funcionalistas y resolucionistas controlaban el *establishment* académico-sociológico norteamericano. Era necesario reeducar a los académicos respecto a las necesidades imperialistas —sin nombrarles a éstas, obviamente, de esta manera (cfr., Nicolaus, 1973).

En vez de intentar cambiar la ideología funcionalista-disfuncionalista de los académicos, el gobierno estadounidense se dedicó a crear una infraestructura sociológica paralela y contrapuesta a la establecida. Era más económico enseñar a una nueva generación de sociólogos, que reeducar a los viejos funcionalistas. Esta estrategia resultaba ser, además, menos conflictiva y más económica, aunque aun así hubo un choque de intereses (Nisbet, 1971; Greenberg, 1968; Colfax y Roach, 1971; Worland, 1972).

Los sociólogos de la posguerra compartían la *ideología de la paz*; una ideología defensiva, no agresiva, que era el producto lógico del papel aparentemente reactivo de los Estados Unidos contra los países del Eje. Los Estados Unidos habían peleado en la Segunda Guerra Mundial en *respuesta* a la agresión alemana y japonesa. El pueblo norteamericano peleó bajo esta visión creyéndose en el fondo un pueblo pacífico, aislacionista, inclusive, reticente a pelear (como lo es cualquier pueblo, por lo general).

Terminada la Segunda Guerra Mundial, el imperialismo norteamericano requería de una ideología *agresiva*, que correspondiera a la misma agresividad que reflejarían las relaciones capitalista-imperialistas que tendría que perseguir. Tendría que ser una ideología activa; que no estuviese restringida o invalidada por conceptos y consideraciones moralistas o pacifistas que calificaran al conflicto como algo inmoral y disfuncional. Para lograr la imposición de este enfoque, se libró una lucha al interior de la asociación académica de los sociólogos norteamericanos, y demás asociaciones académicas de otras disciplinas humanistas. Ganaron la lucha los ideólogos imperialistas durante los años sesenta (McRae, 1970; Lipset, 1972; Becker y Horowitz, 1972).

Los resultados de la victoria surgieron en el pensamiento generado sobre la *contrainsurgencia* y la *contrarrevolución*. Este pensamiento se

confirmó en el empleo de la violencia y conflicto auspiciado por la *CIA*, el *FBI*, entre otras dependencias gubernamentales estadounidenses. Surgió además la racionalización abierta del uso de la violencia y el conflicto en los estudios académicos, como ya se había dado en instituciones como la *RAND Corporation*, entre innumerables ejemplos más, presentes todos los días en la lucha de clases (Menges, 1967; McRae, 1969; Leites y Wolf, 1970).

Ahora bien, hay que distinguir entre el proceso de *aprendizaje* de los académicos respecto a las relaciones sociales y el proceso histórico, mismos de las relaciones sociales. Un error elemental, cometido por la mayoría de los académicos que estudian los conceptos de conflicto y violencia, es el citar los estudios sobre lo funcional-disfuncional o resolutorio del conflicto, como si tuviesen algo que ver con la posible eliminación del conflicto. Y no es que al andar por este camino sea el camino largo, sino que no es el camino a seguir en el análisis. Muchos académicos no distinguen su aprendizaje personal (que ciertamente les ha costado mucho esfuerzo mental) del proceso social, a tal grado que confunden éste con aquél.

Hay que diferenciar entre la manera en que los productores de ideología-conocimiento abordan el tema, y lo que es el comportamiento del propio sistema social en su conjunto. Se toma el cómo se estudia el conflicto, por el desenvolvimiento del conflicto mismo.

El sistema educativo implantado por el gobierno norteamericano en los años cincuenta y sesenta, permitió a los académicos abordar moralmente temas que les eran anteriormente prohibidos. Se impuso conscientemente el enfoque ideológico necesario para que los académicos pudiesen tratarlos. El descubrimiento principal para los académicos en aquellas fechas fue el haber entendido que el conflicto es una *constante* de las sociedades de clase; de hecho ellos no descubrieron nada. Hay que comprender que las clases dominantes jamás han dejado de echar mano al empleo del conflicto social para poder sobrevivir.

El sistema capitalista-imperialista, como todo sistema dominante de *clases*, recurre al conflicto. Las clases que dominan y sus ideólogos *saben* que el conflicto sirve, que funciona para reproducir el sistema social. De ello no hay que convencer ni a los capitalistas ni a sus ideólogos. El asunto ni siquiera está a discusión para ellos. El debate y la polémica que pareció surgir entre los académicos, cuya ideología moralista les impedía reconocer esto, porque violentaba sus valores e ideales, de hecho fue un proceso guiado por los ideólogos del sistema. De ahí, que resistían tanto en aceptar tales ideas (*cf.* Nisbet, 1971); sus valores no se los permitía.

Cuando los académicos aceptaron tales planteamientos acerca del conflicto, la aceptación se presentó en la forma de asombro por parte de ellos. Así sucedió con la obra de Lewis Coser (1956) sobre las funciones del conflicto social. La obra fue destacada por ser novedosa. El asombro que despertó este estudio no se dio a raíz de lo que Coser descubrió acerca del proceso sociohistórico de las relaciones humanas. Más bien, el asombro mostrado por los académicos resultó del choque de los prejuicios de éstos, los cuales no tomaban en cuenta anteriormente la idea de la funcionalidad del conflicto.

Resulta ser increíble que en el siglo veinte, los académicos se asombrasen ante una idea tan históricamente visible, confirmada por toda la violencia, el conflicto y las guerras que se han dado a través de la historia, y que han sido siempre tan útiles en reproducir las sociedades de clase. Aunque se echara un vistazo por encima de los eventos históricos, se comprobaría lo funcional del conflicto social.

Como sucede con muchas obras académicas sobre algún tema "nuevo", la obra de Coser reflejó más bien el recién nacido proceso de aprendizaje sobre el conflicto de los académicos norteamericanos. A la vez, servía para adoctrinar a los académicos de lo funcional y positivo del conflicto, para que comenzaran a dar valor a ideas que poco antes eran inconcebibles entre ellos desde su perspectiva moralista (Lipset, 1969), donde todo su pensamiento anterior trataba de comprobar lo negativo del conflicto para la sociedad.

Fue de una gran utilidad difundir la obra de Coser, entre otras obras. Además de diseminar lo que él había supuestamente descubierto en el siglo veinte, contenía lo que el gobierno norteamericano esperaba que descubrieran los demás académicos —éstos como potenciales estudiantes del conflicto social, requeridos para fomentar la reproducción de la sociedad capitalista-imperialista, para aceptar la instauración del conflicto como algo *funcional*.

Han sido necesario revisar el proceso de aprendizaje de los académicos sociólogos y analistas sociales del siglo veinte, para distinguir los distintos niveles de las necesidades del conflicto en los sistemas de clase. Debemos relacionar el conflicto social con las *relaciones* humanas, que incluyen aquel aprendizaje de los académicos. Para ello es menester saber cuáles son las relaciones que producen el conflicto. De ahí, la posibilidad existe de cobrar conciencia acerca de los requerimientos materiales para saber cómo *transformar* las relaciones sociales y *eliminar* el conflicto social. El siguiente apartado ofrece un intento por saber cuáles *relaciones* deben salvarse para poder eliminar el conflicto.

III. LAS RELACIONES DE CLASE Y EL CONFLICTO SOCIAL

Debemos distinguir entonces entre las supuestas revoluciones en el *conocimiento*, y las revoluciones en las *relaciones*. Los académicos no se han dedicado tanto a saber cómo eliminar el conflicto, sino a condenarlo solamente. Y tristemente han terminado por considerar cómo usarlo.

Demasiadas veces se buscan en todo esto, en cada una de sus manifestaciones, razones *no sociales* para explicar la existencia del conflicto social. Se buscan razones hasta biológicas, atribuibles a la naturaleza humana, de lo que estamos supuestamente hechos, como si la propensión genética a la violencia fuese una simple característica heredada de algunos individuos. Evaden examinar el nivel *social* del conflicto. Como el conflicto social se ejerce obviamente por *individuos*, de ahí que se limitan sus interrogaciones al nivel del individuo. Si acaso proponen reformar al *sistema social*, lo sugieren a partir de controlar y cambiar al individuo.

A primera vista, parecería que los analistas tuviesen razón, *antes de* comenzar sus investigaciones, en escoger al individuo como su objeto de análisis. Resulta lógico, en cierto sentido, considerar las relaciones *entre los individuos* como la fuente del conflicto. La guerra, la violencia y el conflicto entre los individuos, resultan de las acciones de individuos formados y organizados en *clases*. En algún momento, el mismo Karl Marx llamó a la clase, el momento en que los individuos se unen y se enfrentan a otros individuos en lucha (Marx y Engels, 1973). Con ello, el concepto de "clase" adquiere un sentido de *relación*. A pesar de que la manifestación más inmediata del conflicto tenga forzosamente una expresión individual, hay que considerar cuáles son las *relaciones sociales* (entre los individuos) que *antecedan* a aquellas manifestaciones individuales de la violencia y conflicto, las que los provocan. Es necesario comprender entonces que toda manifestación individual del conflicto se ejerce *contra otros individuos*. De ahí que se adquiere el carácter de una *relación social*, y de ahí el hecho de que todo concepto de conflicto refleje una *relación*, aun el del "suicidio".

Los *momentos* del proceso social son los de la producción, apropiación, circulación, acumulación, distribución y consumo. Cada momento del proceso social *produce* conflicto, porque cada momento refleja una relación específica entre los individuos/clases. Veamos cómo estos momentos son determinados por la trayectoria que sigue toda mercancía en una sociedad de relaciones de clase, donde la contradicción principal es la que existe entre la producción social y la apropiación privada.

CUADRO 1

LOS MOMENTOS Y RELACIONES SOCIALES QUE SIGUE TODA MERCANCÍA PRODUCIDA A TRAVÉS DEL TIEMPO EN SOCIEDADES DE CLASE

producción social	apropiación	circulación	acumulación	distribución
			producto social	

Tiempo

Este cuadro marca los distintos momentos del proceso de las relaciones sociales, donde los momentos giran alrededor de la mercancía.

Cada manifestación del conflicto es *exclusiva* de las demás, propia a la relación que lo produce. La sociología estudia todos los niveles y momentos de las relaciones, y le asigna a cada manifestación una nomenclatura distinta. Veamos en el siguiente cuadro cómo las relaciones corresponden a distintos conceptos de conflicto social.

CUADRO 2

CADA FORMA DE CONFLICTO ENTRE LAS CLASES REFLEJA UN MOMENTO ESPECÍFICO DEL PROCESO SOCIAL Y DE LAS RELACIONES CONTENIDAS EN ÉL

<i>Producción social</i>	<i>Apropiación privada</i>	<i>Circulación privada</i>	<i>Acumulación privada</i>	<i>Distribución privada</i>	<i>Consumo</i>
Huelgas	Guerras	comercial	Fraude	Acaparamiento	
Represión	Conflicto interno	Guerra	Estafa	Atesoramiento	
Despidos	Contra-	Competencia	Robo de huelgas		
Paros	insurgencia	Protec-	Acaparamiento	Estafa	
Conflicto laboral	Contra-	cionismo		Robo	
Rompe-huelgas	rrevolucionación	Huelgas		Asaltos	
...		Bancarrotas		Engaño	
		Robos		...	
	Motines	...			
	Rebeliones				
	Levantamientos				
	Golpes de Estado				
	...				

Por ejemplo, en este cuadro vemos cómo a cada momento se le asigna una forma de conflicto o violencia propia de ese momento.

A cada momento de la producción, circulación, apropiación, distribución, acumulación y consumo de las mercancías, se produce un tipo de conflicto específico. La relación que le preocupa al analista social de las relaciones de clase, la conforma la contradicción entre la producción social y la apropiación *privada* de los productos. Esta misma relación determina los momentos subsiguientes del proceso social, que son: circulación, acumulación y distribución *privadas* de las mercancías. Veamos en el siguiente cuadro los distintos momentos y relaciones que determinan esta contradicción.

CUADRO 3

LA CONTRADICCIÓN ENTRE LA PRODUCCIÓN SOCIAL Y LA APROPIACIÓN PRIVADA, AL NIVEL DE LAS RELACIONES ENTRE EL CAPITAL Y EL TRABAJO

Separación de las fuerzas de trabajo de los medios de producción	Apropiación de los medios de producción por los capitalistas	Compra-venta de la fuerza de trabajo	Producción social	Producto social	Apropiación de los productos sociales
--	--	--------------------------------------	-------------------	-----------------	---------------------------------------

Tiempo

Las relaciones entre la producción social y la apropiación privada dan lugar al conflicto entre los que producen y los que se apropian lo producido; a la vez que dichas relaciones son ya producto del conflicto social-privado. Con base en él fueron establecidas aquellas relaciones. La contradicción significa que los trabajadores que *producen*, no son los *mismos* individuos y miembros de la sociedad que *apropian* (circulan, acumulan y distribuyen) los productos sociales. En las sociedades capitalistas de clase, el carácter de la apropiación, circulación y acumulación y distribución de las mercancías es ajeno a los obreros, estos momentos son controlados y determinados por *individuos privados* o por el *Estado*.

CUADRO 4

EL ESTADO COMO FORMA DE DOMINACIÓN EN LAS RELACIONES DE LA PRODUCCIÓN SOCIAL/APROPIACIÓN PRIVADA

Producción social	Apropiación Privada/ estatal	Circulación Privada/ estatal	Acumulación Privada/ estatal	Distribución Privada/ estatal
Ejs.:				
estatal =				
ejército				
Privado =				
policía				
bancaria				

Se da el caso en que la producción es dominada en parte por el Estado, por la propiedad de los medios de la producción. Pero, aún en este caso, en fin de cuentas los productos resultantes de ahí son apropiados después privadamente.

En tanto que las relaciones de producción se dan entre muchos individuos, la producción social es una actividad colectiva, la contradicción *relacional*, entonces, no ocurre tanto entre la producción y la apropiación (y menos entre la producción y la circulación, como se creía en el siglo diecinueve en la economía política burguesa). La contradicción se refiere más bien al carácter de la producción *en relación* con la apropiación, en el sentido de que es *social* por aquel lado, mas *privado* por éste. Esta relación constituye una contradicción *irresoluble*, ya que su mera existencia reproduce la *división* en sus propios términos. La división contrapone a los individuos entre sí, unos frente a los otros. De ahí la división del *trabajo* al momento de la producción; de ahí la división del *capital* en los momentos de la apropiación y acumulación. Esta última división delinea el conflicto entre las clases, respecto a la distribución de riqueza.

Lo visible es que, en la medida en que los individuos-clases se dedican a distintas relaciones en diferentes momentos del proceso social, se produce el conflicto. Simultáneamente, y por el otro lado, se produce la *asociación* entre los individuos-clases. Las sociedades de clase no son puramente relaciones de conflicto, ni son puramente relaciones de asociación. Tanto el conflicto como la asociación son *distintos* momentos y relaciones del *mismo* proceso.

Estos distintos momentos de las relaciones producen la *relativa* paz

(producto de la asociación de clases en un sentido) y el conflicto (producto de la disasociación). Ambos momentos cumplen distintas necesidades para reproducir las mismas relaciones sociales-privadas. Los individuos-clases se asocian para producir. A la vez, otros se disasocian de aquella relación para poder expropiar a los demás de sus productos. En ese momento, en que se separan entre sí, los que producen son, separados de los productos que produjeron. Los capitalistas, por su lado, se asocian para poder expropiar a los trabajadores. Los trabajadores, por el otro lado, se asocian para poder resistir a los capitalistas para que la expropiación sea menor. Al momento de la circulación, los capitalistas se disasocian, donde se dividen y compiten entre sí por el intercambio del valor para poder quedarse con los mayores valores posibles. En el momento de la acumulación sucede algo similar entre los capitalistas que dominan este momento del proceso. Y así sucesivamente en cada momento del proceso social de relaciones de clase.

Las crisis y conflictos entre las relaciones sociales y privadas resultan de la *falta de correspondencia* entre ellas. La falta de correspondencia ocurren en *todos* los momentos del proceso social. Las sociedades de clase carecen de una correspondencia entre los *medios* con que la sociedad cuenta para producir sus productos sociales. Tampoco existe correspondencia entre los *métodos de trabajo* utilizados y las *fuerzas humanas* que posee la sociedad para el trabajo. Esto significa que existen formas de conflicto (que a su vez producen *más* conflicto), como en el caso de la *subutilización* de los medios para producir (la maquinaria, la tierra). Ello significa, a su vez, que a mucha gente no le es permitido trabajar (de ahí el *desempleo*). Significa, también, que *se reprimen* las tecnologías y el conocimiento científico (a través de las patentes y los derechos de copia). Con ello, jamás se utiliza a su máximo grado aprovechable el conocimiento que la humanidad ha generado. Lo anterior termina en el hecho de que la sociedad de clases jamás produce todo lo que potencialmente puede.

De este modo, vemos cómo la *constante* del sistema social de clases es la *represión* de los medios de producción, las fuerzas de trabajo, los *métodos de trabajo*, y los *productos sociales* en *todo* momento *relacional* y en todos los niveles de la producción y consumo. Debido a esta misma represión constante, cotidiana y sistémica, es comprensible que los niveles de producción y consumo de los Estados Unidos, que supuestamente representan los históricamente más desarrollados y más altos, son, en realidad, *bajos*. Además de ser esos niveles *relacionalmente* bajos, lo son también en términos absolutos, por lo mismo de que el conflicto es destructivo y materialmente improductivo —no

se produce—. Los niveles de producción y consumo son *reprimidos* en un sistema social de clases, debido a la actividad de las clases y sus luchas por controlar el proceso de apropiación y acumulación privadas de la producción social de capital.

El hecho de que sean bajos los *niveles* de producción y consumo explica *en parte* la presencia del conflicto social —a la vez que son resultado del conflicto—. Claro está, como los ideólogos del capitalismo-imperialismo afirman que aquellos niveles son altos, entonces resulta incomprensible por qué existe tanta violencia, conflicto y guerra en el mundo, cuando se supone que existe la mayor riqueza que la humanidad haya producido. El intento ideológico, allí, es desligar el conflicto de los indicadores económicos, para poder amarrarlo a razones biológicas e individualistas. Ello representa una falacia ideológica capitalista-imperialista, donde se nos inculcan los planteamientos amañados del supuesto *consumismo*, donde al tratar de convencernos que supuestamente consumimos muchos productos. Cuando en realidad, lo contrario sucede precisamente porque los niveles de producción y consumo son dominados y reprimidos por la apropiación privada, y los productos sociales son determinados por la circulación, acumulación y distribución privada —léase, expropiación social—. Es lógico que al final del proceso, el consumo, sea también determinado a su vez por los momentos privados del proceso. Unos cuantos individuos-clases determinan qué es lo que se consumirá y cuánto de ello o, si no se consumirá nada. Los intereses privados de los individuos-clases determinan entonces qué, cuánto, quiénes, cómo, cuándo, por qué se producirá, circulará, apropiará, acumulará, distribuirá y consumirá el pueblo de esa sociedad.

Cuando ciertos individuos-clases (en una nación o entre distintas naciones) no determinan los momentos del proceso, entonces surge el conflicto espontáneo a mayor escala. Se contraponen a esta espontaneidad en la lucha entre las clases, el establecimiento de espacios dominados por el Estado, el cual intenta contradeterminar las relaciones sociales-privadas. La determinación privada sobre el momento social de la producción se manifiesta en los capitalistas, quienes reprimen la producción y no permiten que ciertos obreros siquiera trabajen. Se les *separan* de los medios de producción, lo cual les separa de la fuente de capital, que es el medio para adquirir bienes para poder subsistir en una sociedad de clases. El *desempleo* en las sociedades de clase encierra el peligro a la existencia como ser humano, nada menos.

Aparte de las restricciones cotidianas en la producción y en el consumo en *aras* de la ganancia privada e individual y a expensas de la

colectividad, el sistema de relaciones sociales de clase requiere *quemar excedentes*, al eliminar lo que previamente se produjo. O sea, después de haber elaborado productos, en aras de la ganancia personal, muchas veces *se destruye* el producto para poder sacarle una mayor ganancia, mayor valor, al crear, por ejemplo, una demanda falsa. El desperdicio resulta ser otra forma de violencia dentro del propio sistema, que se ejerce contra sí mismo, instaurado obviamente en respuesta a las necesidades de acumulación individuales y privadas. Éstas *privan* a la sociedad de sus propios productos.

Significa que la sociedad de clases ni produce todo lo que pudiese potencialmente en un momento dado, ni consume todo lo que pudiese; lo que no se produce, no puede ser consumido. De ahí las hambrunas y la pobreza, formas violentas y conflictivas producto de las relaciones capitalistas de asociación de clases para dominar el proceso social de trabajo.

De modo que, así como se cree ingenuamente que es posible eliminar el conflicto (las guerras), *sin eliminar* las relaciones sociales-privadas que lo producen, ocurre que se cree ingenuamente que es posible establecer la asociación (la paz), *sin establecer* las relaciones sociales que producirían tal estado. Es decir, se cree posible lograr uno u otro *sin crear* las relaciones de producción-consumo sociales, y *sin eliminar* las privadas. Se piensa que es posible retener las relaciones privadas de apropiación y acumulación, mas eliminar el conflicto social. Estas premisas equivocadas acerca del conflicto social, surgen a lo largo del desenvolvimiento de las ciencias sociales en su estudio de sociedades de clase.

Los individuos-clases ni se asocian ni se disasocian, todo el tiempo. En distintos momentos se juntan o se separan en sus relaciones según sus necesidades. En teoría es posible que los seres humanos construyamos relaciones entre nosotros que eliminen el conflicto y produzcan la paz, o sea, la asociación colectiva. La práctica sociohistórica es otra. Frente a la posibilidad de asociación, las guerras, el conflicto y la violencia aparecen como los elementos dominantes, los que más se destacan en las relaciones sociales. En las épocas de relativa paz y asociación aquellas figuras son precisamente eso: relativas, no son absolutas. El conflicto es absoluto en tanto que sus efectos son materialmente permanentes: lo que se destruye es materialmente irrecuperable. En este sentido es absoluto.

La presencia del conflicto social refleja la incapacidad para poder *determinar* nuestras relaciones. No las controlamos; al contrario, ella nos controlan a nosotros. Una vez que se establezca la contradicción

entre la producción social y la apropiación privada, ésta reproduce el conflicto, querámoslo o no. De ahí que se entiende que solamente se logrará eliminar la violencia, el conflicto y las guerras *en la medida* en que se logre acabar con las relaciones sociales-privadas que los producen. Para eliminarlas, se tiene que saber primero cuáles son dichas relaciones y luego ejercer el control consciente (con conocimiento) sobre ellas por parte de la sociedad entera, la colectividad. No se puede permitir la apropiación privada en los términos de clase (léase expropiación social —expropiación a la sociedad en beneficio del individuo—, en la que ésta lesiona a la colectividad). Donde estas condiciones no se dan, entonces la lucha entre las clases se reproduce, se reproducen las sociedades de clase. La lucha social por eliminar las relaciones privadas representa la trayectoria del *proceso histórico*: la progresiva eliminación de las relaciones contradictorias que producen el conflicto, y el proceso que produce el conocimiento acerca del proceso histórico.

Resulta desalentador observar a los académicos durante los años cincuenta y sesenta en los Estados Unidos, dedicarse a explorar cómo *utilizar* la violencia y el conflicto a favor de un sistema social que reproduce el conflicto. Existen muchos académicos que se dedican a eliminar en teoría el conflicto, la violencia y la guerra, mas en las relaciones cotidianas en que participan ellos mismos los reproducen al cumplir con las necesidades de la apropiación y acumulación privadas, contrapuestas al carácter social de la producción de la sociedad. Por decirlo así, producen el conflicto social con sus propias relaciones sin saberlo o, por lo menos, sin reconocerlo. Es obvio que mientras esto suceda así, la dificultad de la resolución, no del conflicto, *sino* del proceso histórico, será cada vez mayor; constantemente fuera de nuestro alcance.

El sistema de relaciones reproduce el conflicto, mas nos dedicamos a atacarlo de manera aislada e incesante. El sistema social reproduce siempre más conflicto de lo que pudiésemos corregir en un momento dado. La tarea es inagotable, como lo es interminable la reproducción de la violencia y conflicto en el sistema.

El proceso histórico de las relaciones a través del tiempo, intenta resolver la contradicción en el sentido de eliminar el conflicto, de construir la absoluta asociación entre los individuos al eliminar las clases. Frente al intento consciente por construir una sociedad *sin* conflicto social, existen individuos-clases que se dedican de una manera igualmente consciente a mantener vigentes las contradicciones y a favor de la apropiación, circulación, acumulación y distribución privadas en beneficio propio. Los proyectos de clase, sociales y privados, chocan y producen el conflicto social. El intento de eliminar los momentos privados

de las relaciones sociales tienen que ser integralmente consciente, con conocimiento de lo social y de lo privado. No se puede erradicar en tan solo un momento; tiene que ser en todos los momentos del proceso, como proceso, ya que es precisamente un proceso. El intento por acabar con el conflicto social es en sí un proceso, a través del tiempo, que no se realiza en un solo momento dado. Es la historia de las luchas de las clases entre sí y contra sí a través del tiempo.

Ahora bien, no se trata de fijar como meta la eliminación del conflicto social, como sucede dentro de muchas disciplinas conformadas a partir de las relaciones de clase, como en la ciencia política, la sociología, la economía política, la jurisprudencia o en la criminología. El esfuerzo tiene que ser enfocado, más bien, hacia la eliminación de las *relaciones* sociales-privadas que *sustentan* dicho conflicto, que lo producen y reproducen en cada momento del proceso sociohistórico de las relaciones humanas.

Este entendimiento del proceso nos lleva a donde llegó Karl Marx, quien, al descubrir tal conocimiento acerca de las relaciones sociales, decía que las *ciencias sociales*, el conocimiento de lo social, terminan donde comienzan las revoluciones políticas.

Es solamente en un orden en el cual ya no hayan más clases ni antagonismos de clases que las *revoluciones sociales* dejarán de ser *revoluciones políticas*. Hasta entonces, en la víspera de cada reorganización general de la sociedad, la última palabra de la ciencia social siempre será: *Le combat, ou la mort; la lutte sanginaire ou le néat. C'est ainsi que la question est invinciblement posée* (Marx, 1969).

Es decir, una vez que se hayan descubierto las razones de ser de las relaciones sociales, sólo queda el empeño de su consciente *transformación*. Cosa que resulta más fácil decir que implementar, precisamente por todo lo que hemos destacado arriba

Existen proyectos privados de clase cuyos defensores estén dispuestos a morir, y hacer morir, por conservar las relaciones privadas de conflicto. Los que se relacionan a través del conflicto, nada ven mal en *implementar* el conflicto para evitar su transformación y el establecimiento de la paz. De ahí la guerra, de ahí las revoluciones políticas en contra de las guerras. De ahí las luchas sociales por la paz. La contradicción está presente; su eliminación como siempre, hasta ahora, es futuro.

BIBLIOGRAFÍA SELECTA

Abt Associates, Inc., Cocon-Counterconspiracy (política), *The Development of a Simulation of Internal National Conflict Under Revolutionary Conflict Conditions*, vol. I, Study for the Advanced Research Projects Agency, The Pentagon, Washington, D.C., Cambridge, Mass., Abt Associates, Inc., octubre de 1966, 166 pp.

— — —, *The Urb-Coin Game*, Cambridge, Mass., octubre de 1966, 113 pp.

Beals, R.L., *Politics of Social Research: An Inquiry into the Ethics and Responsibilities of Social Research*, Cambridge, Schenkman, 1967, 358 pp.

Becker, Howard S. y I.L. Horowitz, "Radical Politics and Sociological Research: Observations on Methodology and Ideology" *American Journal of Sociology*, vol. 78, núm. 1, 1972, pp. 48-66.

Colfax, J.D. y J.L. Roach (eds.), *Radical Sociology*, Nueva York, Basic Books, 1971, 429 pp.

Condit, D.M. (ed.), *Challenge and Response in Internal Conflict: The experience in Africa and Latin America*, The American University, 1968, 532 pp.

Coser, Lewis, *The Functions of Social Conflict*, Londres, Routledge & Kegan Paul Ltd. 1956, 188 pp.

Dahrendorf, Ralph, *Class and Class Conflict in Industrial Society*, U.K., 1958.

Folgelson, Robert W., *Violence as Protest: A Study of Riots and Ghettos*, Nueva York, Doubleday, 1971, 175 pp.

Gouldner, A.W., *The Coming Crisis of Western Sociology*, Nueva York, Basic Books, 1970, 528 pp.

Greenberg, D.S., "Social Science: Federal Agencies Agree to End Covert Support", *Science*, vol. 159, 1968, pp. 64-66.

Gurr, Ted Robert, *Why Men Rebel*, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1970, 421 pp.

Leites, N. y C. Wolf, Jr., *Rebellion and Authority: An Analytic Essay on Insurgent Conflicts*, Chicago, Marckam Publishing Co., 1970, 197 pp.

Lipset, S.M. (ed.), *Politics and the Social Sciences*, Nueva York, Oxford University Press, 1969.

Lipset, S.M. y E.C. Ladd, "The Politics of American Sociologists", *American Journal of Sociology*, vol. 78, núm. 1, julio de 1972, pp. 67-104.

Marx Karl, *La miseria de la filosofía*, Moscú, 1969.

Marx, Karl y F. Engels, *La ideología alemana*, Buenos Aires, Pueblo Unido, 1973, 750 pp.

Mcrae, R.W., *Civil-Disorder-Indicator Studies: Some Aspects of Riot Susceptibility*, Mclean, Virginia, Research Analysis Corporation, junio de 1969, 55 pp.

— — —, "Social Science and the Sources of Policy, 1951-1970", *Political Scientist*, vol. 3, núm. 3, 1970, pp. 294-300.

Menges, C., "Democratic Revolutionary Strategy as an Alternative Strategy", *Rand Corporation*, Santa Monica, California, marzo de 1967, 11 pp.

Nicolaus, Martin, "The Professional Organization of Society: A View from Below", pp. 45-68, en Blackburn, Robin (ed.), *Ideology in Social Science*, Nueva York, Vintage Books, 1973, 382 pp.

Nisbet, Robert, *The Degradation of the Academic Dogma: The University in America, 1945-1970*, Nueva York, Basic Books, 1971, 252 pp.

Parsons, T. et. al., *Theories of Society: Foundations of Modern Sociological Theory*, Nueva York, The Free Press, 1961, 1 479 pp.

Shils, Edward, "Tradition, Ecology and Institution in History of Society", *Daedalus*, vol. 99, núm. 4, 1970, pp. 760-826.

Worland, S.T., "Radical Political Economy as a Scientific Revolution", *Southern Economic Journal*, vol. xxxix, 1972, pp. 274-284.